

La Nueva Novela Histórica y la pretendida búsqueda de “una identidad latinoamericana”.

Marcela Bonett
Universidad Nacional de Río Cuarto / IFDC “Villa Mercedes”

Contextos

En los últimos tiempos parece producirse un curioso fenómeno editorial que se manifiesta en una creciente proliferación de novelas que toman como materia de ficción a “la historia”. No hace falta ser un estudioso demasiado avezado en el tema, ni un especialista en crítica literaria para advertir la recurrencia de los narradores a registros que dan cuenta del “pasado histórico”. Al mismo tiempo, diversos sectores de la crítica literaria se encuentran implicados en el fenómeno de la novela histórica. Advirtiendo el panorama planteado anteriormente, nos preguntamos ¿qué es lo que lleva a cantidades considerables de autores, y a lo que podríamos llamar una nueva generación de lectores a escribir y leer este tipo de género literario?.

Más allá de las frecuentes polémicas que los historiadores mantienen con los novelistas, en tanto los primeros notan peligrar la especificidad de la “historia como ciencia”, la preocupación por recuperar “el pasado” y someterlo a procesos de ficcionalización es evidente. Biografías, autobiografías, guerras, golpes de estado, procesos de colonización y conquista, pasado reciente y lejano. Todo es y parece servir como materia novelable. Ahora bien, creemos que en este sentido una pregunta cae por su propio peso: ¿qué se persigue tras este afán por “rememorar” (piénsese “repensar”, “redescubrir” y hasta “revertir”) el pasado vivido? , y más aún ¿cuáles son los “paradigmas de pensamiento” desde los cuales se ha intentado recuperar nuestra “memoria”? ¿En qué medida esta vuelta al “pasado” sirve para comprender “nuestro presente”?.

Sin duda, como indica María Cristina Pons¹, los géneros, los modos y los procedimientos de escritura se vinculan con métodos y medios de percibir, conceptualizar y evaluar la realidad, en tanto son portadores de ideología y proveedores de formas y “lenguajes” que en sí mismos, por otra parte, encarnan relaciones con la realidad. Partiendo de este supuesto que enfatiza la dimensión dialógica entre “la historia” y “la literatura”; en esta indagación nos interesaremos en lo que podríamos denominar un subgénero particular: La Nueva Novela Histórica Latinoamericana y su

¹ María Cristina Pons, *El secreto de la historia y el regreso de la novela histórica en Historia Crítica de la Literatura Argentina. La narración gana la partida* de Noé Jitrik. Vol 11, p. 97, Emecé, Bs. As. 2000.

problemática relación con la tan conflictiva “búsqueda de una identidad latinoamericana”. Al evocar a este género estamos pensando en una serie de narrativas que, en apariencia al menos, intentan una recuperación del “ser” americano y utilizan una suerte de trasgresión discursiva que se manifiesta en la utilización de múltiples estrategias tendientes a subvertir los hechos históricos oficiales conocidos por el lector. Ahora bien, esta trasgresión, este intento de dar la voz a aquellos sectores silenciados por la historia oficial; ¿acaso no reproduce la misma lógica de la marginalidad que intenta combatir?. Porque, ¿cuáles son los supuestos que siguen funcionando en este esquema de la “reivindicación del marginado”?. Nos arriesgamos a pensar que esta lógica de la trasgresión ha sido tratada con excesiva simplicidad por críticos y novelistas. Dejamos estas inquietudes pendientes por el momento. Luego volveremos a ellas.

La literatura como forma discursiva que dialoga con la historia

Antes de continuar con las preguntas ya formuladas creemos que resulta imprescindible explicitar algunas posiciones teóricas desde las cuales pensaremos a la literatura en tanto forma discursiva que dialoga con la historia. Para ello, retomaremos la noción de género discursivo acuñada por Bajtín², noción que anticipa los postulados teóricos que décadas más tarde retomará Kristeva al hablar de la noción de intertextualidad y de la novela como una práctica semiótica en la que se pueden leer varios enunciados. En base al trabajo de estos dos teóricos, en esta indagación, pensaremos a la literatura como una práctica y un discurso social más que dialoga con otros discursos sociales.

Como indica Silvia Barei³, Bajtín elabora la relación corpus literario / corpus social como fundamentalmente dialógica y piensa a la actividad literaria como un trabajo que se ejerce sobre enunciados que se responden, rechazan e influyen sobre otros: enunciados no sólo de la literatura en particular, sino de las ideologías sociales. Es necesario tener en cuenta que Bajtín parte del concepto de enunciado como unidad de la comunicación discursiva insistiendo en el carácter de respuesta que provoca todo enunciado. Según este autor en el proceso de comunicación, el emisor necesita esta respuesta activa del otro, porque él también es un contestatario: en mayor o menor medida, su enunciado presupone la existencia de otros anteriores, se apoya en ellos, los refuta, les responde, los da por supuestos, los transforma, etc. Tal como señala Barei, planteada la relación dialógica en una primera instancia, como forma de la comunicación discursiva inmediata – géneros discursivos primarios o simples- Bajtín encuadra -en una segunda instancia- a la literatura dentro de los géneros discursivos secundarios o complejos, donde el hablante también plantea preguntas, constata, refuta, afirma, etc, mediante diversas formas de implantación de una pluralidad de lenguajes sociales en la estructura de su enunciado. De esta manera, un texto literario en cuanto objeto estético en sí mismo es siempre único y original, pero está configurado a sí mismo por toda clase de enunciados heterogéneos y ajenos. El texto literario, como otros discursos, es esencialmente dialógico y polifónico. La obra literaria, para este

² Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal*, en *El problema de los géneros discursivos*, p. 248, Siglo XXI, Bs As. 2005.

³ Silvia Barei, *De la escritura y sus fronteras: estudio sobre la intertextualidad*, Alción, Córdoba, 1986, p40.

autor, es también la réplica a un diálogo, está orientada hacia la respuesta de un interlocutor y al mismo tiempo responde a otras obras- enunciados. Y además es polifónica, en tanto en ella conviven e interactúan múltiples voces. Por otra parte, es interesante señalar que para Bajtín la comunicación dialógica original se realiza a través de la palabra bivocal. Esta palabra incluye intencionalmente la palabra ajena y se presenta como un tercer tipo de discurso (frente al discurso del narrador que es de primer tipo y el discurso de los personajes como de segundo tipo) que estiliza, replica, parodia o polemiza con un discurso ajeno estableciendo una deliberada distancia con él. De este modo, el texto se emparenta por una parte, con una cadena de textos que lo inscriben en la historia y por otra; participa de una manera inmediata, sincrónica, en el diálogo ideologizado que le plantean el contexto literario y las condiciones sociales de su propio tiempo.

Como ya hemos mencionado, las nociones teóricas de Bajtín son retomadas por Kristeva quien a partir de la noción de dialogismo y polifonía introduce la noción de intertextualidad. Esta autora señala que todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro. En este sentido, la autora sostiene que el análisis intertextual en los enunciados remite a un espacio exterior al texto mismo; pero que está cristalizado en el texto, a lo que Kristeva denomina ideograma. El ideograma es una función intertextual que se puede leer materializada en los diferentes niveles de la estructura de cada texto y que se extiende a todo lo largo de su trayecto dándole sus coordenadas históricas y sociales. El ideograma es para esta autora una función textual activa, no una mera repetición de tradiciones literarias. De este modo Kristeva retorna a Bajtín e inscribe al texto en una relación comunicativa, en un diálogo de varias escrituras entre el escritor y el destinatario y los textos literarios anteriores o sincrónicos. La autora propone dos niveles de análisis, en el nivel suprasegmental se incluyen los enunciados de destinador-destinatario; en el segundo nivel –intertextual- los enunciados se toman del corpus literario anterior y la escritura se hace ambivalente: en la palabra del enunciador se inscribe la palabra del otro: palabra bivocal. De esta manera, el texto es un cruce de textos en el que se lee otro texto.

Por último, la concepción de Kristeva resulta relevante en tanto el texto literario se inserta en el conjunto de los textos; es una escritura réplica de otros textos. Por su manera de escribir leyendo el corpus literario anterior o sincrónico, el autor vive en la historia y la sociedad se descubre en el texto. De esta manera, un concepto de intertexto como marcas de sistemas conceptuales amplios permite relacionar al texto con otros sistemas de producción cultural con los cuales establece una relación dialógica, no necesariamente literaria. En este sentido, coincidimos con Barei cuando sostiene que el mérito de Kristeva consiste en haber puesto en circulación una serie de nociones que permitieron abrir el cerrado panorama de los estudios literarios de orientación estructuralista, al campo más amplio del estudio cultural.

Desde esta perspectiva, la literatura pasa a ser un discurso social más en la cadena discursiva de los discursos sociales. En el caso de la novela histórica encontramos que es el discurso literario el que dialoga con otro tipo de discurso denominado “científico”; concretamente estamos hablando del discurso de la historia. Ahora bien, no podemos perder de vista que este último es un tipo de relato que crea sus propios “efectos de sentido”; (más allá de que muchos historiadores nieguen estos efectos) al decir de Verón el discurso científico crea el “efecto de la cientificidad” que es en sí mismo un “efecto ideológico”:

“la ‘cientificidad’ es el efecto de sentido por medio del cual se instaura, en relación con un dominio determinado de lo real, lo que se llama ‘conocimiento científico; puede tener lugar en el interior de un cierto tipo de discurso (el de la ciencia o el de las ciencias) que está (como todo discurso socialmente producido) determinado ideológicamente en el nivel de sus condiciones de producción”⁴

Estos postulados de Verón resultan sumamente esclarecedores en tanto revelan la condición inherente de la historia como un relato que también es construido bajo ciertas condiciones de producción. Así mismo permiten desmitificar la idea del discurso científico como un discurso neutro. En este sentido, la crítica que realiza Verón al “discurso científico” (entre los cuales podemos nombrar al “discurso histórico”) resulta relevante:

“la reducción de la relación triádica (D) –(O) es la definición misma del efecto ideológico según el cual un discurso verdadero mantiene una relación frontal con su objeto, relación que es la única posible. El efecto ideológico inseparable del discurso absoluto, se constituye por desconocimiento de la red interdiscursiva y se alimenta de la ilusión del sujeto como fuente del sentido”⁵

No obstante lo planteado anteriormente, es necesario tener en cuenta que el fenómeno “Novela Histórica” encierra en este mismo binomio una relación problemática. Por un lado, al concepto “novela” se lo asocia con el ámbito de la ficción; por el otro, a la “historia” se la considera un “discurso científico”. Esta contradicción original ha generado múltiples discusiones entre historiadores y novelistas.

La problemática del binomio Novela Histórica

Si, como hemos sugerido al comenzar nuestra exposición, el concepto “nueva novela histórica” resulta por lo menos problemático por la excesiva simplificación con la que la crítica ha abordado este género; no son menos dificultosas las discusiones que giran en torno a la relación entre la historia y la ficción al abordar simplemente el concepto de “novela histórica” desde una perspectiva tradicional.

Las discusiones se dan entre los historiadores y los novelistas; en tanto los primeros temen perder el “estatuto epistemológico de su disciplina” porque su objeto de estudio – “la historia”- es sometida a procesos de ficcionalización; y los segundos toman como materia novelable a la “historia” sin ninguna pretensión de “cientificidad”. Ante este panorama, existen discusiones en el ámbito de la filosofía narrativista de la historia que niegan la posibilidad de la historia como disciplina científica. Autores,

⁴ Eliseo Verón, *La semiosis social*, Barcelona, 1998.

⁵ *Ibidem* p. 132.

como Hyden White⁶, acentúan el componente ficcional o poético de la historia, en tanto los resultados de la investigación histórica al ser prefigurados en una trama sufren un proceso de ficcionalización. El historiador, al narrar los hechos históricos, se vale de un medio que es necesariamente ficcional. Roland Barthes refiere respecto a esta discusión:

“la narración de los acontecimientos del pasado, que en nuestra cultura desde los griegos en adelante ha sido sujeta a la sanción de la ciencia histórica ligada al estado subyacente de lo real y justificada por los principios de exposición racional, ¿difiere en realidad esta forma de narración, en algún rasgo específico, con alguna característica indudablemente distintiva, de la narración imaginaria como la que encontramos en la épica, la novela y el drama?”.

En el otro polo de la discusión, los historiadores, quienes a este estado llaman “pérdida de la identidad epistemológica de la disciplina” arguyen que la “historia” no es literatura por el simple hecho de que la misma guarda una “relación referencial del texto con lo real del pasado”, de lo contrario el texto histórico deja de existir como tal. Y es este principio de realidad una convención que obliga a autores y lectores a mantener a la disciplina dentro de sus propios límites. En este sentido, adherimos a la intervención que María Inés Mudrovich⁷ realiza al respecto, quien propone una solución atinada al respecto:

“la historia, entonces, involucra tanto un sistema simbólico de representación como un conjunto de prácticas situadas y determinadas. Dichas prácticas son constitutivas en el sentido que en tanto se ejercen conforman el conocimiento y la comprensión que alcanzan, cuya fundamentación el historiador constituye a partir de las huellas sometidas a la crítica que autoriza la institución. Estos testimonios se erigen en el límite que las prácticas de la historia no puede trascender, constituyen el enlace directo, el único posible de la historia con el pasado y el punto que una versión mínima de realismo se impone”.

Desde esta perspectiva, la discusión en torno a “novela” – “historia” resulta irrelevante porque tanto *la historia como la novela son discursos sociales; y están determinados y regulados por prácticas de este tipo (es decir sociales)*. Por lo tanto, existen “pactos” que son regulados por las propias instituciones. Así como cuando estamos ante un texto literario entramos en un pacto ficcional; cuando estamos ante uno histórico creemos en los efectos de cientificidad que el mismo texto produce.

⁶ Hyden White, *Metahistory. The historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore London, The Jhon Hopkins Univ. Press, 1976.

⁷ María Inés Mudrovich, *Algunas perspectivas del debate actual en filosofía de la historia*, en *adef revista de filosofía*, VOL XV, mayo 2000, Universidad Nacional de Comahue, p. 83.

Estado de la cuestión: La novela histórica tradicional y la nueva novela histórica

Si se realiza un breve recorrido por las circunstancias sociales en la que surge y desarrolla la novela histórica podemos advertir esta íntima relación entre escritura, ideología y realidad a la que refiere Pons.

- **La novela histórica tradicional y el paradigma moderno**

La novela histórica tradicional emerge en Europa, en el año 1814 con *Waverley* obra del gran escritor inglés Walter Scott a quien se debe la paternidad indiscutida del género. La mencionada novela histórica tradicional surge en un contexto social e histórico concreto: el paradigma de la modernidad forjado por la ilustración del siglo XVIII y sancionado luego por la Revolución Francesa. Según Pons⁸, Lucaks indica que a partir de este hecho histórico se da un sentido nuevo, racional al pasado y con ello a los destinos individuales. El autor muestra las condiciones del surgimiento de la novela histórica como relatos de hechos colectivos en los que los individuos que los encarnan ejecutan determinadas acciones. Para el autor la novela histórica es una nueva forma que responde a un nuevo tipo de conciencia: la burguesa. Es decir, la novela histórica en Europa surge como la búsqueda de una identidad social. Por otro lado, resulta indispensable tener en cuenta que en este período comienza una nueva etapa para la humanidad ya que los preceptos de la fe cristiana dejarán de ser los cimientos que sustentan la vida del hombre en la tierra. De acuerdo a lo expuesto por Pons, para Jitrik la novela histórica latinoamericana del siglo XIX reorienta el género, en la medida en que no se trata en ella de una búsqueda de identidad social y de clase sino de una identidad nacional, es decir, se trata de descubrir cuál es la posición de un individuo en posición de un otro (Europa). Otro de los puntos claves que para comprender la forma discursiva que adopta la novela histórica tradicional, son ciertos preceptos rectores de la modernidad. Algunos autores indican como importantes los siguientes: reconocimiento del poder de la palabra para representar “miméticamente” la realidad, confianza del “sujeto en tanto responsable de un discurso”, “creencia en los grandes relatos como generadores de sentido”, la “presencia de un narrador responsable del proceso de enunciación” y la “búsqueda de un sentido de la historia”.

- **La Novela Histórica tradicional como mimesis de la realidad**

Adhiriendo a la postura de María Antonia Zandanel, en la novela histórica existe un mayor o menor apego al referente histórico según el novelista que someta la historia a procesos de ficcionalización, o los tiempos en que lo haga, o el planteo ideológico que sustente dichos procesos. Todo depende, en realidad, de la proximidad o la distancia que se establezca entre el enunciado y la enunciación y la manera en que se incorpore el material propiamente histórico al universo novelado. En este sentido, la novela histórica tradicional se caracteriza como “mimesis” de la realidad, en tanto “guarda un apego total al referente extratextual”⁹. Ahora bien, en esta indagación nos cuestionaremos cuál es ese universo extratextual con el que la novela histórica debe guardar una relación fidedigna. Es decir, hasta qué punto podemos caracterizar a la novela histórica de cuño tradicional como mimesis de la realidad si esta última está totalmente mediada por la historia oficial. Como indica Zandanel, este tipo de narrativas se encuentran custodiadas

⁸ María Cristina Pons, *El secreto de la historia y el regreso de la novela histórica en Historia Crítica de la Literatura Argentina. La narración gana la partida* de Noé Jitrik. Vol 11, p. 97, Emecé, Bs. As. 2000.

⁹ Insistimos en que estos conceptos resultan problemáticos si se entiende a la historia como un relato y un discurso social más.

por los “registros oficiales” a tal punto que el narrador en este tipo de producciones escriturales puede crear una historia no verdadera sino ficcional siempre que “no entre en conflicto con los sucesos registrados en documentos anteriores” como: relatos de tipo históricos, crónicas, leyendas rescatadas por el imaginario colectivo, manuscritos, registros biográficos, autobiográficos y todo tipo de documento que puede garantizar un valor referencial. La reconstrucción de un segmento del pasado histórico requiere ajustar el discurso a ciertos parámetros propios de los “registros de la historiografía”, para ello existen procedimientos de ficcionalización que son propios de la novela tradicional como: linealidad, coherencia, temporalidad real, ajuste a la verdad, presencia de un narrador omnisciente que cuenta desde una única perspectiva y personajes relevantes en la historia que cuentan los hechos. Podemos observar, también, una mirada que procura ser “fidedigna respecto a los hechos históricos”, los cuales serán incorporados en mayor o menor medida pero sin alteraciones. La actitud “mimética” se asume en este caso como reconstrucción de ese pasado. Tanto los personajes como los hechos incorporados guardan un considerable apego a los registros de la historiografía.

▪ Nueva Novela Histórica

Como indica Zandanel, a partir del post estructuralismo se acentúa la propiedad del lenguaje, desde la narración, de construir y montar, lisa y llanamente los mundos posibles antes que de responder, como lo hicieran los discursos anteriores, a la intención de “reproducir miméticamente la realidad”. La confianza puesta en la historiografía tradicional que permitía perfilar un “conocimiento objetivo” de la porción de pasado que se procuraba textualizar va a ser puesta en cuestión a fines del siglo XIX, tendencia que se acentuará cada vez más en el presente. De esta manera, se puede apreciar en los últimos tiempos en el acto de novelar una distorsión y una manipulación indiscriminada de los “referentes históricos” construidos por la “historia oficial”. Un nuevo modelo de escritura se perfila para dar cuenta de ciertos hechos del pasado desde una perspectiva no oficial o con la intención de salvar del olvido ciertos silencios de la historia. Como indican algunos autores estos textos proyectan el vacío de la historia; textos que son a su vez sus nuevas versiones, sus inversiones, diversiones y subversiones y a través de los cuales emerge la conciencia de la dificultad de construirse sin la memoria, la dificultad de tener un presente vivo con un pasado muerto. Desde esta perspectiva, la memoria, en pos de la búsqueda de una identidad, será la encargada de atesorar esos sucesos del pasado que signaron hechos cargados de significación para los diversos pueblos. De la tensión entre la memoria y el olvido surgirán estas nuevas versiones que procuran resguardar el ayer. Nuevas versiones de los registros de ese pasado se ocuparán de construir a partir de un discurso transgresor la exégesis de ciertos hechos desde el recuerdo y desde una rigurosa revisión de los documentos lejanos. Como indica Britto García¹⁰, la Nueva Novela Histórica presenta rasgos que le son propios como la alteración o puesta en duda de la realidad construida por “la historia oficial”, la multiplicidad de discursos, de hablas, de perspectivas narrativas, la incorporación de personajes silenciados a lo largo de la historia y los quiebres temporales del relato. La Nueva Novela Histórica es enteramente contemporánea. Es una mirada sobre el pasado no necesariamente verdadera pero sí inevitablemente actual. Lo que llama la atención, desde nuestra perspectiva, es que esta búsqueda de recuperación del pasado en la mayoría de los casos encierra una contradicción original: la de asumirse con una identidad marginada, denigrada por la historia a la que es necesaria reivindicar.

¹⁰ Luis Britto Gracia, *Historia Oficial y Nueva novela histórica*, *Revista de Investigaciones Literarias*, N18,2001, p.21-38

Paradigma, conciencia histórica y procesos de ficcionalización

Al realizar un recorrido por la vasta producción de narrativas históricas que toman como materia de ficción el encuentro entre España y América –lo que algunos dan a llamar “encuentro entre dos mundos”, “descubrimiento y conquista de América” o “proceso de conquista y colonización”- no asignamos por el momento ningún sentido particular a estas denominaciones- encontramos que se operan transformaciones respecto de cómo la narrativa literaria trabaja las tensiones entre “historia” y “ficción”. Las diversas formas de las que se vale el discurso literario para tomar los “hechos históricos” y someterlos a procesos de ficcionalización impactan sobre las características de la novela histórica como género literario. En un estudio realizado por María Antonia Zandanel¹¹, se analiza claramente como en la novela histórica el “marco extratextual de referencia” “ocupará un cerco más breve o más extenso”, “más estrecho o más lábil” según el novelista que lo trate, o los tiempos en los que lo haga, o el planteo ideológico que sustente el bosquejo de la cuestión. En este sentido, la novela histórica puede ser mimesis de la realidad, en tanto “descripción fiel del discurso historiográfico a través de una mirada fidedigna del discurso de la historia”¹²; reconstrucción del pasado, ya que intenta revisar ciertos discursos a la luz de los nuevos tiempos; intrahistoria, esta categoría implica la reconstrucción del mundo a partir de una mirada personal y subjetiva; destrucción del pasado, característica propia de la novela histórica posmoderna. En esta última categoría se rompen las formas tradicionales de configurar “el relato histórico”, existe una transgresión discursiva que se manifiesta en la utilización de múltiples estrategias que tienden a subvertir “los hechos históricos oficiales” conocidos por el lector.

Algunas preguntas y conclusiones

No obstante lo expuesto por Zandanel, creemos que el concepto de novela histórica posmoderna o de nueva novela histórica encierra algunos “engaños” sustentados por ciertos supuestos que la crítica literaria se ha encargado de reproducir. En este sentido, nos parecen muy sugestivas las observaciones de LuKasz Grützmacher¹³; nos permitiremos ser extensos en este punto:

“Escribir sobre la transgresión de la versión ‘oficial’ de la historia por la novela histórica reciente se ha vuelto una interpretación casi mecánica (...) Lo que ocurre es que los entusiastas de la revisión

¹¹ María Victoria Zandanel, *Los procesos de ficcionalización del discurso histórico en la leyenda del dorado*, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, 2004.

¹² Si partimos del supuesto que la historia es un discurso social más y que éste tan sólo produce “efectos de cientificidad”, conceptos como “mirada fidedigna del discurso de la historia”, “historia oficial”, etc.. resultan problemáticos o, al menos, cuestionables.

¹³ LuKasz Grützmacher, *Las trampas del concepto La Nueva Novela Histórica y de la Retórica de la Historia Postoficial*, en Acta Poética 27, <http://132.248.101.214/html-docs/acta-poetica/27-1/141-168.p>

de la historia a través de la novela histórica muchas veces desconocen los resultados de las investigaciones historiográficas, incluso aquellos en los que podrían apoyarse. Hecho que denuncia Gustavo Verdesio en su análisis de los textos críticos dedicados a las novelas de Juan José Saer y Abel Posse. Verdesio observa que casi todos los críticos que estudian las obras de estos dos autores, las califican de subversivas y revisionistas, sólo por el hecho de que Posse y Saer hayan empleado ciertas técnicas narrativas y retóricas como el anacronismo, la carnavalización, la parodia o la ironía. Mientras que, como advierte Verdesio, los dos escritores, al servirse de dichas técnicas, no cuestionan la versión “oficial” en modo alguno, sino que la reproducen con todos sus errores, mitos y prejuicios. Verdesio se refiere particularmente a la imagen del indio de las novelas de Saer y Posse”

No queremos apresurarnos en ciertos juicios, no podemos adherir cabalmente a los postulados de este autor, las obras de Saer y Posse merecerían un estudio más detenido y profundo. No obstante, la cita expuesta nos permite al menos confirmar algunas “intuiciones” y abrir muchas preguntas. ¿En este afán por criticar a la “historia oficial”, no está la denominada “Nueva Novela Histórica” reproduciendo casi esquemáticamente los mismos prejuicios que critica?. ¿No se sigue asumiendo una identidad americana marginada y denigrada que “necesita” de esta “reivindicación” para lograr “una identidad”?

En esta indagación hemos partido de un supuesto: “los procedimientos de escritura son portadores de ideología”. No es casual que la novela histórica haya pasado a ser en los últimos tiempos una forma cultural dominante. Y, por sobre todo, no es casual que esa forma se reproduzca no ya en moldes rígidos sino en múltiples discursos que dialogan con “la historia” para “criticarla”, “sancionarla”, “descubrir su lado oculto” o “reconstruirla”. En términos generales, parece haber en la Nueva Novela Histórica un intento de recuperación de “una identidad latinoamericana”. Esto se manifiesta, entre otras características, en la intervención de narradores que han sido personajes silenciados a lo largo de la historia. Ahora bien, insistimos en preguntarnos: ¿qué voces hablan realmente en estos discursos? ¿Hasta qué punto esta proliferación de novelas históricas que intentan recuperar la memoria y nuestra identidad latinoamericana no reproducen la misma lógica de la marginalidad que intentan combatir?. No sea que por querer mirar hacia atrás, el espejo sea siempre el eurocéntrico y nos devuelva una imagen distorsionada.

Referencias Bibliográficas

BAJTÍN, Mijaíl: “El problema de los géneros discursivos”. En *Estética de la creación verbal*, en Siglo XXI, Bs As. 2005.

BAREI, Silvia: *De la escritura y sus fronteras: estudio sobre la intertextualidad*, Alción, Córdoba, 1986.

BRITTO GRACÍA, Luis; *Historia Oficial y Nueva novela histórica*.

GRÜTZMACHER, Lucas: “Las trampas del concepto La Nueva Novela Histórica y de la Retórica de la Historia Postoficial”, en *Acta Poética* 27, <http://132.248.101.214/html-docs/acta-poetica/27>.

MUDROVICH, María Inés: “*Algunas perspectivas del debate actual en filosofía de la historia*”, en *ade* revista de filosofía, VOL XV, mayo 2000, Universidad Nacional de Comahue.

PONS, María Cristina: “El secreto de la historia y el regreso de la novela histórica” en *Historia Crítica de la Literatura Argentina. La narración gana la partida* de Noé Jitrik. Vol 11, p. 97, Emecé, Bs. As. 2000.

VERÓN, Eliseo: *La semiosis social*, Barcelona, 1998.

WHITE, Hyden; *Metahistory. The historial Imagination in Ninteenth Century Europe*, Beltimore London, The Jhon Hopkins Univ. Press, 1976.

ZANDANEL, María Victoria: *Los procesos de ficcionalización del discurso histórico en la leyenda del dorado*, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, 2004.